

Islamofobia: ¿el antisemitismo del siglo XXI?

Brian Anglo

Hasta poco antes de la exterminación física de millones de judíos, nadie preveía esta posibilidad. Ahora, con lo que hemos aprendido de la historia, ¿podemos decir que la islamofobia representa un peligro similar para la población musulmana de Europa?

Este artículo, basado en una charla con el mismo título, examina primero el antisemitismo, con unas pinceladas sobre su historia, pero centrándose en el antisemitismo moderno en Europa —en qué ha consistido, cómo se ha promovido, cómo se ha utilizado y cómo ha conducido a la masacre de millones de personas—. Después, explicita cómo aborda el tema de la islamofobia. Por último, hace algunas comparaciones entre el antisemitismo del siglo pasado y la islamofobia contemporánea en Europa con la intención de ofrecer algunas pistas para contestar a la pregunta si la islamofobia hoy ha tomado de alguna forma el relevo del antisemitismo de ayer. Y concluye con un comentario sobre cómo hacerle frente.

El antisemitismo en Europa antes de la era moderna

Los judíos han sufrido animadversión y persecución en diferentes lugares y en diferentes momentos a lo largo de la historia. Aquí se presenta solo una selección muy limitada.

El imperio romano reprimió brutalmente dos revueltas judías en los años 70 y 136 después de Cristo. Pero las primeras *políticas* antijudías aparecen en el siglo IV cuando la iglesia cristiana toma el poder y el cristianismo se transforma en la religión del Estado.

Ahora avanzamos un milenio y nos trasladamos a la Península Ibérica. En 1391 una serie de crisis económicas y sociales, junto con un cierto resentimiento ante el éxito comercial de un sector de los judíos, da lugar a la masacre de cientos de judíos en Sevilla, Valencia y Barcelona. Como resultado de estas agresiones, y también de las progresivas restricciones en cuanto al acceso a determinados oficios y cargos, muchos judíos se convierten al catolicismo.

Cerca de un siglo más tarde, los Reyes Católicos fundan la Inquisición. Al principio esta institución se centra en la persecución de los judíos conversos. Pero a instancias del primer inquisidor, proveniente justamente de una familia conversa, en 1492 los reyes expulsan a todos los judíos que se niegan a ser bautizados.

Por lo general, los que van a parar a países de mayoría musulmana pueden hacer negocios, participar en el gobierno y practicar su religión sin demasiados

“Este grupo incluye tanto el hebreo como el árabe, con lo que la palabra antisemita no es adecuada para designar solo el odio a los judíos.”

problemas, mientras que en la Península Ibérica el acoso a los “exjudíos”, llamados *marranos*, continúa, acompañado del acoso a los otros “cristianos nuevos”, los moriscos, conversos al catolicismo por las buenas o las malas, que finalmente también son expulsados en 1609. En este punto es de justicia recordar que está en trámite una ley que otorga la nacionalidad española a los descendientes de los judíos expulsados, pero no a los descendientes de los moriscos expulsados.

Ahora hacemos otro salto en el tiempo y el espacio hasta finales del siglo XIX y principios del siglo XX en Europa oriental, particularmente al Imperio ruso, donde vivía la mayoría de los judíos de Europa y del mundo en ese momento.

El origen y el significado de la palabra “antisemitismo”

Antes de seguir, sin embargo, conviene hacer un breve comentario sobre la palabra “antisemitismo”. Su significado parece bastante claro: quiere decir animadversión u hostilidad hacia las personas judías. Ahora bien, el término no es muy apropiado. El adjetivo “semita” se aplicó primero a diversas lenguas habladas originalmente en Oriente próximo o, para usar una denominación menos eurocéntrica, Asia oriental. Luego, se aplicó a algunos de los pueblos que hablaban estos idiomas. Este grupo incluye tanto el hebreo como el árabe, con lo que la palabra antisemita no es adecuada para designar solo el odio a los judíos.

Vale la pena señalar aquí que el hebreo, a pesar de ser el idioma litúrgico de todos los judíos, durante muchos siglos, hasta la creación del Estado de Israel, no fue el vernáculo de nadie. El árabe, en cambio, ha sido, y es (aunque cada vez menos), la lengua materna de muchos judíos, quienes se consideraban (y en algunos casos aún se consideran) a sí mismos árabes — árabes judíos.

El poco acierto del término escogido quizás se explica porque se acuñó en el siglo XIX en Europa, donde los judíos eran la única minoría identificada como semita. La precisión “identificada como semita” viene a cuento porque la idea de que todos los judíos son descendientes de personas originarias de una zona que corresponde aproximadamente a la Palestina histórica, resultado de un exilio milenar, es un mito.

Sería más correcto, pues, hablar de judeofobia. Y esa mirada a la procedencia de la palabra nos sirve para subrayar algo muy importante: el antisemitismo es fundamentalmente un concepto moderno ligado a un fenómeno moderno surgido en Europa. La oposición al judaísmo en términos religiosos había tenido un papel importante en la identidad de la cristiandad y el dominio de la iglesia durante la Edad Media. El antisemitismo moderno se aprovecha de esta

judeofobia religiosa milenaria, pero, como veremos, tiene una naturaleza diferente y emplea justificaciones diferentes.

El antisemitismo bajo el zarismo

Volviendo, pues, al imperio ruso, encontramos que el zarismo fomenta el antisemitismo preexistente para desviar el descontento popular con él hacia los judíos. Al mismo tiempo, el acoso a los judíos por parte de las autoridades crea un clima que propicia que la fricción generada por la posición incómoda entre clases antagónicas ocupada por muchos judíos se transforme en pogromos —ataques mortales multitudinarios contra judíos.

Ante estas agresiones y también ante las restricciones sobre el lugar de residencia, el reclutamiento forzoso en el ejército, limitaciones a la entrada a la universidad y a determinadas profesiones, así como la falta de salidas laborales, se producen básicamente dos reacciones. Una consiste en emigrar. Durante los últimos veinte años del siglo XIX, emigraron entre 50 y 60 mil judíos cada año. Y durante los primeros catorce años del siglo XX, el ritmo anual se aceleró aún más, hasta unos 150-160 mil. Remarcamos que el destino de preferencia eran los Estados Unidos, y muy pocos fueron a Palestina, siendo el sionismo una corriente bastante minoritaria. La otra respuesta consiste en luchar para cambiar la sociedad. Así, las diferentes corrientes socialistas, comunistas y anarquistas lograron un fuerte arraigo entre los judíos y muchos de estos se convirtieron en destacados líderes revolucionarios.

El antisemitismo nazi

Mientras tanto, la emancipación (relativa) de los judíos de Europa occidental y central comporta una dinámica de asimilación económica y social. Y es en este punto, en un contexto del ascenso de los Estados-nación, del nacionalismo y del imperialismo, que el racismo reemplaza la religión como fundamento de la actitud negativa hacia los judíos. En palabras de la filósofa Hannah Arendt (1951), “los judíos habían podido escapar del judaísmo a través de la conversión; de la judeidad no había escapatoria”.

Ahora el objeto de la hostilidad son las personas, ya no por sus creencias, sino por lo que son, o, al menos, por la imagen de lo que son que se va creando.

En la Alemania de los años 30, los nazis lograron identificar a los judíos —a través de los rasgos “raciales” estereotipados que les atribuían— como los principales causantes de los males que sufría la sociedad. Los presentaban y representaban no solo como un cuerpo extraño (y extranjero), inasimilable y desleal, sino también como económicamente prepotentes y urdidores de un complot “judeo-bolchevique” para dominar el mundo, lo que servía también para justificar el expansionismo nazi hacia el Este.

Con la ayuda de una maquinaria propagandística potente desviaron una parte de las frustraciones con el sistema económico y político hacia los judíos, de

tal forma que se ha calificado este antisemitismo como “el socialismo de los estúpidos”. En medio de una profunda crisis sistémica, el antisemitismo contribuyó a reclutar la fuerza que destruyó las organizaciones sindicales y políticas de un fuerte movimiento obrero.

Dicho de otro modo, en un momento dado el antisemitismo nazi fue funcional para salvar y hacer avanzar determinados intereses capitalistas. Sin embargo, una vez puesta en marcha la maquinaria del Estado contra los judíos, adquirió una dinámica propia que se independizó de su utilidad práctica o ideológica.

De una posible expulsión masiva se pasa al proyecto desorbitado, no previsto originalmente, de exterminar a todos los judíos de Europa, y se lleva a cabo de manera sistemática, con una precisión burocrática casi impersonal, y no se detiene ni siquiera cuando llega a ser contraproducente, sustrayendo recursos del esfuerzo militar cuando Alemania ya estaba perdiendo la guerra.

¿Cómo es que nadie intentó impedir el Holocausto?

Una de las preguntas a las que muchas personas han intentado responder es cómo, además de los convencidos, tanta gente aparentemente “normal” participó en una empresa a primera vista moralmente tan repugnante como la sistemática eliminación física de seis millones de personas (incluyendo también gitanos, homosexuales, discapacitados... sin contar los opositores políticos).

Para responder, Hannah Arendt (1963) acuñó el concepto de “la banalidad del mal”: la aceptación irreflexiva y el cumplimiento, sin cuestionarlas, de las tareas adjudicadas por el Estado aunque sus consecuencias sean éticamente condenables.

Otros autores han subrayado “el carácter social del mal”, es decir, más allá del papel de cada individuo visto aisladamente, el funcionamiento del sistema social en su conjunto. Y dentro de esta globalidad, la producción social del distanciamiento, la deshumanización de los grupos objetos del racismo.

Otra pregunta común es: ¿por qué hubo tan poca resistencia? Al principio del proceso, era difícil imaginar hasta dónde podía llegar la persecución. Sin embargo, a partir del ascenso de Hitler al poder, y con una intensidad creciente a medida que se iban acentuando las medidas antijudías, cientos de miles de judíos alemanes y austriacos intentaron huir, y la mitad lo consiguieron, a pesar de las políticas de inmigración restrictivas de los Estados Unidos y otros países.

Y una vez se supo, era algo difícil de creer. Hay que tener en cuenta también el aislamiento, primero social, luego físico, de los judíos. Otro factor, cuando los judíos habían sido reunidos en guetos, fue el papel de los consejos judíos, encargados por los nazis de controlar a la población judía. No es casual que el episodio de resistencia armada más famoso, el levantamiento del gueto de Varsovia en 1943, comenzó con el asesinato de algunos de estos colaboracionistas.

Son elementos que hay que retener cuando comparamos estos hechos históricos con la situación actual de la islamofobia, sin olvidar que, a pesar de todo, hoy en día el antisemitismo sigue bien vivo.

Lo que el antisemitismo no es

Tras echar un vistazo a lo que ha sido el antisemitismo, es importante precisar lo que no es. Censurar las políticas del gobierno israelí, oponerse al sionismo, participar en la campaña de boicot, desinversión y sanciones contra Israel no es antisemitismo.

Por el contrario, son los esfuerzos del Estado de Israel para tachar cualquier crítica de sus acciones como antijudía, arrogándose el derecho de hablar, y actuar, en nombre de todos los judíos, lo que está alimentando el antisemitismo en todo el mundo, incluyendo a la población musulmana de Europa.

La causa palestina siempre ha sido una cuestión de liberación nacional y el intento de convertir el conflicto en una confrontación entre religiones ya está teniendo consecuencias nefastas, como hemos visto recientemente con los atentados mortales contra judíos sin ningún vínculo con Israel reivindicados en nombre del Islam en Bruselas, París y Copenhague.

Notamos que en los últimos tiempos algunas formaciones de extrema derecha, como el Frente Nacional en Francia, han puesto sordina a su antisemitismo tradicional, que tiende a darles mala prensa, para acercarse al sionismo en la medida que este tiene un buen encaje con su islamofobia.

En Cataluña tenemos un ejemplo destacado de esta combinación de pro-sionismo y anti-islamismo en Pilar Rahola. Cuanto más grosera en sus “argumentos”, como más estridente en sus maneras, más espacio encuentra en los medios de comunicación.

¿Cómo abordar la islamofobia?

Antes de explorar algunas comparaciones entre el antisemitismo y la islamofobia, podría ser útil hacer explícito el punto de vista empleado. Quien esto escribe es de origen judío, pero es ateo. No comparte el punto de vista del Islam, ni de ninguna religión. Tiene más bien una actitud crítica, materialista, respecto a todas las religiones. No obstante, está de acuerdo con Marx que la religión puede representar “el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón y el alma de las condiciones sin alma”.

Todas las religiones son abiertas a interpretaciones selectivas. Por ejemplo, todas han sido invocadas para legitimar guerras (“con Dios de nuestro lado”, como decía Bob Dylan), pero a veces han inspirado movimientos de resistencia contra la injusticia.

De todos modos, aquí no se entra en la polémica de si determinada interpretación del islam, o de cualquier otra religión, es la auténtica o no, aunque hay que denunciar la deformación más o menos consciente del Islam realizada

“Durante los últimos veinte años del siglo XIX, emigraron entre 50 y 60 mil judíos cada año. Y durante los primeros catorce años del siglo XX, el ritmo anual se aceleró aún más, hasta unos 150-160 mil. ”

por muchos de sus detractores. No se plantea si el Islam es intrínsecamente pacífico o intrínsecamente violento, sino que parte de la hipótesis del sociólogo francés Julien Salingue (2015) que sostiene que “la religión no es un factor de la radicalización de los jóvenes ‘yihadistas’, sino un vector de su radicalización”.

Entonces, desde esta perspectiva, el compromiso con el combate contra la islamofobia no implica una defensa del Islam, sino de las personas musulmanas. En el Estado español, la mayoría de estas personas son extranjeras y comparten con

muchos otros trabajadores inmigrantes una situación de vulnerabilidad caracterizada por la falta de derechos, la sobreexplotación laboral y un estatus administrativo precario, sin olvidar las múltiples repercusiones de estas circunstancias en su salud, la educación de sus hijos e hijas o sus oportunidades en la vida.

En este sentido, pues, es crucial defender no solo el derecho de las musulmanas y los musulmanes de practicar libremente y públicamente su religión, no solo su integridad física frente a los ataques violentos, sino también todos sus derechos, sociales, políticos y económicos.

Hace poco el primer ministro francés admitió que en su país existía “un ‘apartheid’ social, territorial y étnico” (Teruel, 2015). Cuantos más derechos tengamos todos y todas, tanto mejor situados estaremos para detener primero, y revertir después, la degradación progresiva de la vida que ya no perdona prácticamente a nadie.

Algunas similitudes entre el antisemitismo y la islamofobia

A diferencia del antisemitismo en su sentido moderno, la islamofobia —palabra que aún no aparece en los diccionarios “normativos” ni del catalán ni del castellano— parece denotar hostilidad hacia una religión más que hacia unas personas. Esta animosidad es patente y ampliamente extendida.

Sin embargo, a menudo el rechazo a la religión se transfiere a las personas identificadas con ella o, a la inversa, se intenta justificar el rechazo a estas personas con críticas a sus supuestas creencias. En ambos casos, entonces, podríamos hablar también de *musulmanofobia*, que muchas veces se confunde con, y se retroalimenta de, *arabofobia* o *morofobia*. Y en este aspecto se puede ver un paralelismo con el antisemitismo, es decir, con la judeofobia.

El antisemitismo acusaba a los judíos de ser un cuerpo ajeno e inasimilable, un enemigo interno, una amenaza. De manera similar, frecuentemente se franquea el paso entre “considerar el islam un enemigo irreductible

y considerar a los musulmanes enemigos irreductibles”. El magnate de los medios de comunicación Rupert Murdoch ha expresado sin rodeos una actitud parecida: “Quizás la mayoría de los musulmanes son pacíficos, pero hasta que no reconozcan y destruyan su creciente cáncer yihadista hay que considerarlos a todos responsables” (Fresneda, 2015).

Otra similitud: amalgamando el Islam con el terrorismo político que se reivindica en su nombre, la islamofobia se utiliza, como antes el antisemitismo, para justificar tanto la intervención militar externa como la represión interna: la “ley mordaza” o la “ley antiyihadista”.

Y aun otra: la islamofobia se desarrolla independientemente de la situación real de la población musulmana, lo que ya había ocurrido con la judeofobia. Según el diario británico *The Guardian* (Safi, 2014), en el Estado Español los autóctonos estiman que los musulmanes forman un 16% de la población, cuando en realidad son solo el 2% (7% en Cataluña).

Y otra característica muy importante que la islamofobia comparte con el antisemitismo: como fenómeno emparentado con el racismo, “sirve”, en palabras del sociólogo francés Said Bouamama (2015), “para dividir a los que deberían estar unidos (los explotados y los oprimidos) y para unir a los que deberían estar divididos (los explotados respecto a los explotadores)”.

Algunas diferencias entre el antisemitismo y la islamofobia

En primer lugar, el contexto político y social. Ciertamente, como en los años treinta, hay una crisis sistémica de gran envergadura, pero ya no hay un movimiento obrero que amenace la supervivencia del capitalismo.

Los judíos en la Europa de los años 30 eran una pequeña minoría, como lo son los musulmanes hoy. Fuera de Europa, los judíos eran una minoría aún más pequeña, mientras que la población musulmana mundial contemporánea es enorme y varios Estados, algunas potencias económicas y políticas, se definen como islámicos, aunque esto no garantiza ningún apoyo desinteresado.

A pesar del crecimiento de la extrema derecha en Europa —con la posible excepción del Estado español— hasta ahora los musulmanes no han sido objeto del nivel de ataques físicos sistemáticos y sostenidos como los judíos en los años 30, ni se ha alcanzado el mismo grado de banalización, o normalización, de la hostilidad extrema contra los musulmanes (recordemos cómo la indignación ante la matanza del atentado del 11M no desembocó en ninguna animosidad generalizada hacia las personas musulmanas), ni ha habido leyes específicas contra los musulmanes como los hubo contra los judíos.

Semejanzas que se acentúan

Ahora bien, existen indicios preocupantes de que algunas de estas diferencias se van reduciendo. Las afirmaciones abiertamente antimusulmanas de

Plataforma per Catalunya se suelen considerar bastante exageradas. Por ejemplo, cuando dice que “no se opone a la inmigración, sino a la instalación de inmigrantes musulmanes en nuestro país” que, según ella, representa “una clara amenaza para nuestra cultura”, o cuando va todavía más lejos y promete que “fomentará la repatriación de la población islámica” (Plataforma per Catalunya).

Pero no se debería subestimar la entrada de ideas similares en el *mainstream*, corrientes nada marginales de la opinión pública. En enero de este año, Valentí Puig (2015), colaborador habitual de *El País*, escribió un artículo en este diario titulado “La Cataluña profunda de los imanes” donde afirma, sin aportar ninguna prueba, que hay un “bloque inmigratorio inmune a la integración” y que este bloque “es en su mayoría musulmán”. Tampoco tiene empacho en hablar de “una declaración de guerra del Islam contra Occidente”.

No es casual que este artículo rezuma un desprecio apenas disfrazado hacia la inmigración en general. Habla de “los daños colaterales de las políticas multiculturales”, de “una zona urbana en que se ha superado el umbral de absorción inmigratoria” o de “los efectos de reagrupaciones familiares [que] sobrecargan la sanidad pública o alteran las dinámicas escolares”; y repite las bulos en cuanto a la “discriminación positiva en aspectos como la vivienda protegida o las becas de comedor”.

Notamos que, según el Pew Research Center (2006), un 46% de los españoles reconoce compartir una percepción negativa de la presencia de los musulmanes en el Estado.

Instituciones, partidos, medios

No olvidemos tampoco que la primera Ley de Extranjería de 1985, a pesar de proclamar la preferencia nacional, condicionando los permisos a la ausencia de “trabajadores españoles parados”, prescribía “un tratamiento preferencial”, aunque de segundo orden, a favor de ciudadanos de determinados países “por darse en ellos los supuestos de identidad o afinidad cultural” —todas las excolonias salvo Marruecos.

Recientemente, en Catalunya, tanto CiU como el PSC han propuesto y votado mociones municipales y parlamentarias diseñadas para prohibir el *burka* o el *nicab*, mientras los Mossos d’Esquadra recogen datos sobre las mujeres que llevan estas prendas de vestir como posible indicador de un entorno islamista radical.

El gobierno central también contribuye a la creación de una imagen amenazadora de los musulmanes con las operaciones fuertemente publicitadas contra el “terrorismo islámico”, ayudado en esto por los medios de comunicación.

Estos, con su presentación —en términos tanto cuantitativos como cualitativos— de las noticias sobre personas, países, movimientos y hechos relacionados, por estos mismos medios, con el Islam, contribuyen, y mucho, a propagar una imagen que fomenta el recelo y la desconfianza. Lo dice, de forma

muy bestia, una portavoz de Pegida (Patriotas europeos contra la islamización de Occidente): “cualquiera de nuestros vecinos puede ser un terrorista, el que menos te esperes”.

Desobediencia civil y resistencia

Otro aspecto relacionado con la banalización es el grado de aceptación de las medidas contra determinados sectores minoritarios de la población. Ante las redadas policiales en la calle contra personas sospechosas de ser “ilegales”, lo que significa en la práctica el acoso a personas, normalmente hombres, sin más indicios de ser “irregulares” que su piel oscura o su pinta de extranjero-no-turista, de vez en cuando alguna gente se planta y defiende las personas detenidas.

Ante la prohibición de ayudar a candidatos a la inmigración a entrar, o permanecer, “irregularmente” en el Estado español, hay personas y organizaciones que hacen caso omiso de la normativa y se guían por un criterio ético, a pesar del al riesgo de posibles sanciones.

Ante la exclusión de las personas sin papeles, incluyendo muchos inmigrantes musulmanes, de la asistencia sanitaria, mucha gente no se para a pensar en ello. En cambio, hay personal sanitario que, con el apoyo de plataformas y campañas varias, da más importancia al hecho de que se trate de personas que a la falta de papeles y se rebela contra unas instrucciones palmariamente injustas. Tal vez, como ha sugerido Zygmunt Bauman, muchas veces “debemos temer a la persona que obedece la ley más que a la que la vulnera”.

Estos ejemplos de desobediencia civil, que rechazan el conformismo o la indiferencia, que se niegan a aceptar “la deshumanización de los objetos del funcionamiento burocrático” o “la supresión social de la responsabilidad moral”, nos muestran algunas posibles vías de resistencia a un Estado cada vez más autoritario que busca chivos expiatorios que paguen el precio de sus políticas —y son los musulmanes quienes tienen más números para hacer este papel.

En este contexto es importante también que las personas musulmanas se nieguen a aceptar el papel de víctimas pasivas, que luchen contra las discriminaciones de que son objeto y se defiendan de las injusticias cometidas contra ellas. Cuando el ayuntamiento de Badalona, presidido por un alcalde del PP que utiliza la demagogia antiinmigración como arma electoral, precintó el centro cultural de la Comunidad Islámica Al-Riduan, los miembros de esta comunidad dijeron: “no callaremos”, denunciaron el caso en los juzgados, organizaron una manifestación y buscaron el apoyo de la vecindad y de otros partidos.

En definitiva, hay bastantes similitudes para apuntar hacia un peligro real, pero las disimilitudes son suficientemente significativas para hacer

pensar que —si actuamos— todavía estamos a tiempo de evitar el desastre a que condujo el antisemitismo llevado a sus últimas consecuencias en un pasado no tan lejano.

Brian Anglo es activista social y militante de Revolva Global.

Bibliografía citada

- Arendt, H. (1951) *Origins of Totalitarianism*. Nueva York: Schocken Books. Edición en español: *Los orígenes del totalitarismo* (2006). Madrid: Alianza.
- (1963) *Eichmann in Jerusalem. A Report on the Banality of Evil*. Nueva York: Penguin. Edición en español (2003) *Eichmann en Jerusalén. Un informe sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.
- Bouamama, S. (2015) “La ocultación política y mediática de las causas del atentado contra *Charlie Hebdo*, sus consecuencias y retos”. *Investig’action*, 16/1/2015. Disponible en: <http://www.michelcollon.info/La-ocultacion-politica-y-mediatica.html?lang=es>.
- Fresneda, C. (2015) “Murdoch asegura que la mayoría de los musulmanes son responsables del ‘cáncer’ del yihadismo”. *El Mundo*, 10/1/2015. Disponible en: <http://www.elmundo.es/internacional/2015/01/10/54b1883122601dd85a8b458a.html>.
- Pew Global Project Attitudes (2006) *Europe’s Muslims More Moderate. The Great Divide: how Westerners and Muslims view each other*. Washington DC: Pew Research Centre.
- Plataforma per Catalunya. Declaración programática: “Inmigración e Islam: por otra política migratoria y contra la vulneración de los derechos de la mujer”. Disponible en: <http://www.plataforma.cat/es/paginas/declaracion-programatica6.html>.
- Puig, V. (2015) “La Cataluña profunda de los imanes”. *El País*, 11/1/2015. Disponible en: http://ccaa.elpais.com/ccaa/2015/01/11/catalunya/1420999933_320142.html.
- Safi, M. (2014) “Australians think Muslim population is nine times greater than it really is”. *The Guardian*, 30/10/2014. Disponible en: <http://www.theguardian.com/australia-news/datablog/2014/oct/30/australians-think-muslim-population-nine-times-greater>.
- Salingue, J. (2015) “Asesinatos en Charlie Hebdo y en Porte de Vincennes: reflexionar y actuar para no sucumbir”. *VIENTO SUR*, n.º 138, febrero.
- Teruel, A. (2015) “Valls alerta de que en Francia hay un ‘apartheid social, territorial y étnico’”. *El País*, 20/1/2015. Disponible en: http://internacional.elpais.com/internacional/2015/01/20/actualidad/1421760687_753466.html.